



Catherine O'Connell

*Seis amigas.
Una fiesta.
Un asesinato.
Demasiados
secretos.*

Confidencias ~~y traiciones~~

CATHERINE O'CONNELL

CONFIDENCIAS Y TRAICIONES

Traducción de Aleix Montoto

 Planeta

Título original: *The Last Night Out*

© Catherine O'Connell, 2018

Publicado de acuerdo con Canongate Books Ltd, 14 High Street, Edinburgh
EH1 1TE

© por la traducción, Aleix Montoto, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2019

ISBN: 978-84-08-20675-0

Depósito legal: B. 6.079-2019

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rodesa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Uno
CATORCE DÍAS PARA LA BODA

Sábado, 11 de junio de 1988

Me despertó el teléfono y tuve la desagradable e inquietante sensación de que no estaba sola. Me hallaba tumbada de lado de cara a la pared, pero podía sentir el calor que irradiaba otro cuerpo bajo mis sábanas de diseño. Recordé que Flynn estaba de viaje. Hice un frenético repaso de lo acontecido la noche anterior, pero no conseguí recordar nada más que unas cuantas imágenes sueltas. Definitivamente, todavía estaba borracha.

El teléfono sonó seis veces antes de que saltara el contestador automático del salón y mi voz resonara por el pasillo: «Hola, soy Maggie. Ya sabes qué hacer y cuándo hacerlo». Colgaron. Acto seguido, el teléfono volvió a sonar. De nuevo, se oyó mi voz y volvieron a colgar. Cuando sucedió por tercera vez, me di

cuenta de que la persona que estaba llamando no iba a darse por vencida. A regañadientes, me di la vuelta para extender el brazo y de repente me quedé petrificada con la mano en el aire. Era el carpintero. El de la camisa azul, pero sin la camisa azul. Estaba sonriéndome. Una amplia sonrisa dibujaba unos hoyuelos con forma de paréntesis en sus bronceadas mejillas. Sentí cómo una náusea recorría mi cuerpo (más desnudo de lo que debería) de la cabeza a los pies.

—Parece que alguien quiere hablar contigo —dijo él.

Llevándose un conspirativo dedo a los labios como si me prometiera permanecer callado, descolgó el auricular y me lo pasó. El cordón formó un remolineante sendero sobre el apelmazado vello de su pecho. Horrorizada, le quité el auricular de las manos y lo acerqué a mi boca cubriéndolo con la otra mano, temerosa de que mi visitante pudiera hacer algo que delatara su presencia, como toser o hablar o —Dios no lo quisiera— soltar una de esas ruidosas emisiones tan comunes en el género masculino durante las horas matutinas.

—¿Hola? —dije con una voz ronca que apenas pude reconocer como propia.

—¿Maggie? ¡Oh, Maggie! Soy yo, Suzanne —sus palabras rezumaban alivio—. Gracias a Dios que llegaste bien a casa.

«Eso es algo discutible», pensé. Mis ojos volvieron

a posarse sobre mi invitado. Se había puesto cómodo en su lado de la cama, con las manos detrás de la cabeza y los codos en alto como si fueran dos alas desplegadas. Todavía tenía esa sonrisa de capullo en el rostro. Ya no era el tímido carpintero de New Hampshire de la noche anterior.

—Claro que llegué bien a casa —mentí, y eché un vistazo al reloj.

Los números digitales me indicaron que eran las siete y cuarenta y ocho. No era excesivamente temprano, pero aun así se trataba de una hora intempestiva para llamar un sábado por la mañana después de haber salido hasta tarde el viernes, incluso para alguien que solía despertarse pronto como Suzanne. En un torpe intento de sonar algo molesta, le pregunté:

—¿A qué viene esta llamada tan temprana?

Suzanne vaciló un momento y luego dijo:

—No sé de qué forma decir esto, Maggie. Se trata de Angie. Ha muerto.

Sus palabras azotaron mi confundido cerebro como el látigo de un domador y provocaron que me incorporara de golpe en la cama, dejando al descubierto mis pechos desnudos. Rápidamente, cogí la sábana y me cubrí hasta la barbilla con un pudor ya inútil. Ese tren ya había salido de la estación.

—Es una broma, ¿verdad? —repose, pero nada más pronunciar la pregunta, fui consciente de su futilidad. Suzanne Lundgren era la última persona del

planeta que haría una broma de ningún tipo, y menos todavía una tan macabra.

—Ya me gustaría. —El desasosiego era evidente en su tono—. Kelly acaba de llamarme desde la comisaría de policía. Angie ha sido asesinada. Han encontrado su cadáver en el parque Lincoln a primera hora de esta mañana.

—¿Kelly?

Eso no tenía ningún sentido. Incontables preguntas se agolpaban en mi cabeza, pero, en el lamentable estado en el que me encontraba, no conseguía formular las más lógicas. En vez de preguntar sobre Angie, dije:

—¿Qué tiene que ver Kelly en todo esto?

—Evidentemente, hoy ha salido a correr como cada mañana y se ha topado con la escena del crimen —respondió Suzanne—. Ahora está en la comisaría del área 3. La han llevado allí para hacerle algunas preguntas sobre Angie, supongo.

—Pero eso es imposible. Estábamos juntas hace... —Eché un nuevo vistazo al reloj—. ¿Cuánto? ¿Cinco o seis horas? ¿No la llevaste tú a casa?

En ese momento, Suzanne perdió la compostura y los sollozos comenzaron a entrecortar sus palabras.

—Maggie... Por supuesto que la llevé a casa. Cuando te dejamos, nos metimos en un taxi y fuimos directamente a su casa. Al llegar, hice que el conductor esperara hasta que ella hubo entrado en su edificio. Vi cómo cerraba la puerta.

Fragmentos de la noche anterior empezaron a acudir a mi mente formando un puzle desordenado: Angie en la pista de baile con unos pantalones negros y una escotada camiseta roja, su espeso pelo negro cubriéndole el rostro como una oscura cortina, sus anchas caderas balanceándose sobre un par de zapatos rojos de tacón. Angie apoyada en la barra con la lengua en un vaso de chupito vacío. Angie intentando mantenerse en pie sobre unas piernas de gelatina.

—Escucha, ahora no puedo seguir hablando. Ya te he contado todo lo que sé —dijo Suzanne con la voz quebrada por el dolor—. Kelly me ha prometido que me llamaría en cuanto llegara a casa para contarme más detalles. Mientras tanto, ¿podrías llamar tú a Carol Anne? Yo no tengo fuerzas.

—Sí, claro —susurré.

Ella colgó.

Mientras miraba fijamente el auricular que sujetaba con la mano como si fuera un objeto desconocido, intenté asimilar lo que acababa de ocurrir. Me costaba aceptar el carácter definitivo de la muerte de una amiga. Debía de tratarse de una especie de extraña pesadilla. Como lo de ese desconocido que estaba mirándome fijamente. Él también formaba parte de la pesadilla. Si cerraba los ojos, todo volvería a la normalidad del día anterior. Angie estaría viva, yo estaría sola en mi cama y lo peor que alguien estaría sufriendo sería una mala resaca.

Cerré con fuerza los ojos.

Sin embargo, cuando volví a abrirlos, él todavía estaba allí. Su presencia resultaba casi tan perturbadora como el asesinato de Angie. Ya no sonreía, y en su rostro había una expresión de genuina preocupación. Extendió el brazo y me acarició suavemente la mejilla.

—¿Va todo bien?

—Ha habido un accidente —dije, demasiado aturrida para echarme a llorar y reacia a compartir mi dolor personal con ese desconocido—. Tienes que irte.

Haciendo caso omiso de mi petición, me acarició el rostro recorriendo con el dorso de la mano la línea de mi mandíbula. Yo contuve un involuntario escalofrío. Había cierto poder en sus manos, y recordé estar obsesionada con ellas la noche anterior. Eran grandes y fuertes, con unas articulaciones bien definidas y marcadas callosidades que atestiguaban horas de honesto trabajo físico. Manos muy distintas de las de Flynn. Las de éste eran sedosas y suaves, con dedos largos y ahusados y uñas sin cutículas. Manos que una podía imaginar sujetando un palo de golf o una raqueta de tenis. Manos de una clase social completamente distinta.

—Eres muy hermosa —me dijo al tiempo que la mano con la que me acariciaba se desplazaba hacia la sensible piel de mi cuello—. Muy hermosa.

Fragmentos perdidos de mi memoria comenzaron a emerger a través de la nube de vodka. Recordé estar bailando una canción de Cyndi Lauper en el club The Overhang, subir a una camioneta blanca y a nosotros dos bañados por la luz amarilla de la farola situada frente a mi edificio. Aun así, la mayor parte del rompecabezas seguía por armar. Ahora que el ensañador trance del alcohol ya estaba disipándose y que el refugio protector de la noche había quedado atrás, me encontraba completamente desnuda bajo la luz de la mañana. Eva mirando la manzana. Pensé en Flynn y el corazón se me encogió. Luego pensé en Angie y se me encogió todavía más.

Aparentemente ajeno a mi conflicto, el carpintero acercó su rostro al mío y me besó ligeramente en los labios.

—No —protesté, apartándome.

Haciendo caso omiso de mi amago de virtud, él deslizó una mano por la parte baja de mi espalda y me acercó a su cuerpo. Tanto que pude sentir el calor que emanaba su torso. Me besó en la barbilla, en la nariz, en la boca.

—No —repetí, intentando hacer acopio de un mínimo de convicción mientras sus labios continuaban su peregrinaje por detrás de mi oreja.

En un mundo perfecto, mi yo íntegro se habría sentido asqueado por su sola presencia. En un mundo perfecto, mi yo íntegro lo habría abofeteado con fuerza y

habría salido de la cama. En un mundo realmente perfecto, ese hombre ni siquiera habría estado en mi cama.

Pero vivimos en un mundo imperfecto.

Y eso estaba mal. Muy mal. ¿Cómo podía traicionar a mi prometido de ese modo? ¿Cómo podía siquiera estar pensando en mantener sexo cuando debería estar llorando la muerte de una amiga? Sin embargo, algo primigenio se había encendido en lo más profundo de mi ser y no sólo amortiguaba el dolor, la culpabilidad y la tristeza, sino que había tomado mi ser racional como rehén. Mi cuerpo se acercó al suyo. Ni siquiera fingí que me resistía. Quería que él me abrazara, enterrar mi rostro en su pecho y permitir que se hundiera en mí.

Le devolví el beso. Primero de forma vacilante y luego con fervor, abriendo la boca para aceptar la suya. Él me tumbó en el colchón y, un instante después, nuestros cuerpos ya estaban revolcándose en la cama. Los movimientos fueron aumentando de intensidad y ya estábamos a punto de hacer lo inevitable cuando un inoportuno destello parpadeó en los recovecos de mi cerebro. Coloqué mis manos en sus caderas y lo detuve antes de que entrara en mí. Respirando entre fervorosos jadeos, el carpintero posó sus ojos castaños en los míos.

—¿Sabes si anoche usé mi diafragma? —le pregunté entre resuellos.

Su mirada vacía contestó a mi pregunta. Yo exha-

lé un suspiro y lo aparté. Si había un momento para detener esa locura, acababa de presentarse. Pero la cordura no iba a prevalecer. En esos momentos era una mujer poseída.

Extendí la mano en dirección a la mesilla de noche y, tras coger mi diafragma, introduje la fiable copa en el lugar en el que debía estar en ese momento y dejé de lado los pensamientos acerca de dónde debería haber estado la noche anterior. Acto seguido, como si no hubiera habido interrupción alguna, él volvió a acercarse a mí. Lo único que debía considerar en ese momento era el presente. Un presente muy apremiante. Me rendí a él, abandonando la conciencia para arrojarme a ese ruedo en el que nada puede salvarla a una y entregarme a otro cuerpo y a los millones y millones de ávidas terminaciones nerviosas que reclamaban atención.